

ma parte del proyecto de investigación en mística medieval que se lleva a cabo en la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Eichstätt, a cargo de Margot Schmidt y Helmut Riedinger. Es la primera vez que se publica esta obra en lengua alemana. El editor, Fernando Domínguez Reboiras, es director del Raimundus Lullus Institut de la Universidad de Friburgo (Alemania). La amplia introducción lleva la firma del editor y de Blanca Garí, profesora de historia de la Edad Media en la Universidad de Barcelona, y la traducción del catalán al alemán es de la romanista Elisenda Padrós Wolff. La traducción latina del original catalán ha sido editada en el volumen 182 de «Corpus Christianorum, Continuatio Mediaevalis».

La introducción comienza trazando el contexto histórico de la patria de Ramon Llull, en el siglo XIII y comienzos del XIV, con sus características de convivencia interreligiosa de cristianos, mahometanos y judíos, una referencia imprescindible para comprender la vida y obra del pensador mallorquín. Se examina después la estructura fundamental del pensamiento teológico lulliano, su método peculiar de argumentar y la intención misionera que lo inspira. La mariología de Llull se desarrolla de modo armónico y coherente en el marco de los misterios de la Trinidad, Encarnación y Creación. El estudio introductorio concluye con la tradición de manuscritos en catalán y latín.

Llull escribió el *Libre de sancta Maria* en 1290, en Montpellier, en la corte de Jaime II de Mallorca. En él encontramos tres figuras alegóricas femeninas –alabanza, oración e intención–, a las que se une un sabio ermitaño, y todos ellos desarrollan una conversación literaria que tiene como motivo y fondo la Virgen María. Los treinta capítulos corresponden a treinta «principios» o virtudes (bondad, grandeza, constancia, sabiduría, etc.) que tienen una referencia mariana y transmiten a la vez una enseñanza doctrinal y moral.

E. Reinhardt

Miguel NAVARRO SORNÍ, *Alfonso de Borja, Papa Calixto III. En la perspectiva de sus relaciones con Alfonso el Magnánimo*, Institutió Alfons el Magnànim-Diputació de València (Col·leció Biografia, 35), Valencia 2005, 661 pp.

Con gran expectación se esperaba esta biografía –fruto de un trabajo de doce largos años– sobre el primer papa Borja, el setabense Alfonso de Borja, que llegó a ser Calixto III (1455-1458). Su autor, Miguel Navarro Sorní –profesor de la Facultad de Teología y presidente de la Academia de Historia Eclesiástica de Valencia– ha realizado una amplia investigación que le ha permitido iluminar con nuevos tonos la figura de este valenciano, canonista, obispo, cardenal y pontífice, sobre el que se habían abatido los tópicos y la deformación historiográfica. En líneas generales, cierta historiografía italiana enfatizaba algunos rasgos «medievalizantes» y «oscurantistas» de su personalidad –olvidando su fino conocimiento de la realidad política italiana–, mientras la historiografía española desenfocaba su protagonismo en determinadas actuaciones diplomáticas, que ahora encuentran una valoración más ajustada al contexto político del momento.

Partiendo de los estudios de J. Rius Serra, J. Sanchis Sivera, Von Pastor o el propio M. Batllori, el autor ha emprendido una paciente labor de acopio documental en quince bibliotecas y archivos –tanto italianos como españoles–, entre los que destacan los preciosos registros cancillerescos del Archivo de la Corona de Aragón, y la colección de bulas y breves procedentes del Archivo de Estado de Milán o del Archivo Secreto Vaticano. Gracias a esta investigación sobre fuentes inéditas y al análisis de las ya editadas, el autor ha publicado hasta la fecha más de una veintena de artículos sobre Alfonso de Borja, que ahora encuentran su colorido en esta biografía elaborada desde la óptica de sus relaciones con el rey de Aragón y Nápoles, Alfonso el Magnánimo. Esta feliz perspectiva, intuida y aconsejada por uno de los mayores expertos de la familia Borja –el P.

Miguel Batllori—, constituye el eje vertebrador del trabajo, dividido en dos grandes apartados: el primero sigue la carrera eclesiástica y civil de Alfonso de Borja como agente de Alfonso el Magnánimo en la Península Ibérica y en Italia, mientras la segunda se concentra en los años del pontificado de Calixto III y en sus aristas relaciones con el monarca aragonés. Se trata por tanto de un recorrido cronológico que en determinados momentos se detiene para profundizar en el análisis, plantear las principales interpretaciones y ofrecer su propia hipótesis explicativa.

En los cinco interesantes capítulos que componen la primera parte seguimos el anchuroso camino que el rey de Aragón brindó a Alfonso de Borja, convencido de los beneficios políticos, diplomáticos y económicos que le reportaría disponer de un prelado fiel, al frente de las sedes episcopales de Mallorca y Valencia. Desde esta perspectiva, el autor considera que su promoción no se debió tanto a su habilidad —que sin ser negada es puesta en un segundo plano— como a su «servilismo» ante el monarca aragonés. Así, se relativiza su protagonismo en la disolución del Cisma de Occidente, donde el prelado se limitó a seguir las órdenes del monarca aragonés.

El capítulo cuarto describe la actividad de Alfonso de Borja al frente del obispado de Valencia como «hombre del rey», destinado a las más altas misiones que lo mantuvieron alejado de su diócesis. Entre estas misiones encontramos algunas de orden político —como agente en las negociaciones con Castilla o como diputado de las cortes valencianas—, otras de tipo diplomático y judicial —como miembro del Consejo—, y también algunas colaboraciones en la prestación de servicios económicos o en la política benefical. La iniciativa personal de Alfonso de Borja se afirma con mayor energía en el gobierno de su diócesis, donde destacó por su sensibilidad litúrgica, su firmeza en la corrección de abusos y su impulso reformador en el sínodo de Valencia de 1432. Resultan especialmente interesantes las páginas que des-

criben las líneas de fricción entre el prelado y el rey, o mejor, los momentos en que la lealtad al monarca aragonés se hacía incompatible con sus deberes como prelado fiel a Roma. Fue el caso de su política contra los *fraticelli*, acatando las órdenes de Eugenio IV frente al apoyo que les suministraba el Magnánimo; o la resistencia pasiva que ofreció Alfonso de Borja —atrincherándose en la Corte de Juan de Navarra— cuando el Magnánimo dispuso que se presentara en el Concilio de Basilea, enfrentado al Papa. El problema quedó resuelto de manera inesperada cuando el monarca le llamó a Italia, donde colaboró eficazmente en la reconciliación de Alfonso el Magnánimo con Eugenio IV. Después vendría su promoción cardenalicia —apoyada por el aragonés y aprobada por el papa—, y su paulatina conversión de *home regis* a *homo papae* (p. 203).

El segundo apartado de la obra comienza con el análisis de la elección pontificia de Calixto III, promovida discretamente por Alfonso el Magnánimo, y las primeras resistencias del nuevo pontífice a secundar las demandas del monarca, que acabaron en el forcejeo por el obispado de Valencia, las discrepancias ante la política con Génova o con el *condottiero* Jacobo Piccino y, finalmente, la falta de entendimiento en la organización de la cruzada. Frente al *realismo político* del monarca aragonés que pretende la creación de un eje Roma-Nápoles, emerge un pontífice preocupado por mantener el *status quo* establecido en la Paz de Lodi y deseoso de galvanizar las fuerzas de los príncipes cristianos para contener el avance Otomano en el Mediterráneo oriental. Navarro Sorní tampoco oculta las sombras que empañan la política de Calixto III, especialmente su nepotismo que se pone de manifiesto en la estrategia benefical a favor de sus familiares o en la arriesgada política napolitana en provecho de su sobrino Pedro Luis. El análisis resulta pues equilibrado, aunque la perspectiva política del trabajo no permita profundizar en otros aspectos más luminosos de su pontificado relativos al gobierno de la Iglesia o a la política cultural y misionera que atisbó el primer papa Borja.

Sea como fuere el trabajo se ajusta muy bien a los límites impuestos, en función de los cuales debe ser considerado como una obra insustituible y –como dice Mario Fois en el prólogo– en algunos aspectos definitiva. La documentación exhumada y los datos aportados enriquecen nuestros conocimientos sobre el Papado del Renacimiento y clarifica las ambiguas relaciones que la Santa Sede mantuvo con la Corona de Aragón a través de una familia –la de los Borja– llamada a cumplir un destino europeo y transoceánico. En este sentido resultan muy reveladores los paralelismos existentes entre las decisiones políticas de Calixto III y las que adoptó su sobrino Rodrigo de Borja, el futuro Alejandro VI, ferviente partidario de la neutralidad italiana, la expansión Atlántica y la política defensiva en el Mediterráneo. No es casualidad que su pontificado quedase tan marcado por sus relaciones con los Reyes Católicos como lo estuvo el de su tío con el Magnánimo.

A. Fernández de Córdoba

Flocel SABATÉ - Joan FARRÉ (coords.), *Medievalisme: noves perspectives. Reunió científica VII Curs d'Estiu Comtat d'Urgell (Balaguer, 10, 11 i 12 de juliol de 2002)*, Pagès editors, Lleida 2003, 329 pp.

Basta consultar las actas de este congreso celebrado en Balaguer en julio de 2002 para darse cuenta de la buena salud del medievalismo actual. Así lo prueba la extensión de sus temas, las novedosas propuestas metodológicas, la renovación de sus técnicas, y una creciente especialización que entraña también sus riesgos por la posible ruptura entre la necesaria profundización y la imprescindible visión de conjunto. La explicación de estas novedades constituye el tema de este congreso que reunió a reconocidos especialistas del medievalismo hispánico, con la idea de abrir algunas perspectivas de futuro, si olvidar la vertiente más general de la docencia y la divulgación histórica.

En la ponencia de apertura (*Medievalismo histórico e historiográfico*) Paulino Iradiel no se dedicó sólo a desbrozar el panorama general del medievalismo español, sino a señalar sus principales carencias, cifradas en una «debilidad conceptual» y en la falta de un «compromiso moral y ético y de una justa dosis, saludable, de ideología». En un tono provocador y lleno de interés, el conocido catedrático de la Universidad de Valencia denunció su tecnicismo aséptico y escrupulosamente acotado temática y territorialmente, para proponer después una mayor apertura a los parámetros subjetivos y morales del historiador, así como un mayor esfuerzo por sistematizar la historia general recuperando conceptos medulares como el de «estructura». Entre los campos generales de investigación Paulino Iradiel se detuvo en la territorialización y regionalización del espacio, con sus complejas relaciones con el poder, la economía y las identidades nacionales; en la historia política, necesitada de una mayor atención a la articulación constitucional de los poderes y no tanto a la noción de «estado»; y en la historia económica, que debería prestar más atención a los sistemas económicos e integrarse mejor con la historia política y social que dominan las explicaciones globales.

De los análisis sectorialmente especializados se ocupan destacados especialistas cuyas reflexiones tan sólo podemos esbozar aquí. Stephen R. Epstein trata la historia económica, resaltando las últimas innovaciones metodológicas propuestas por la historiografía anglosajona (*Nouvi sviluppi nella storia economica*). En su ponencia *La historia política: retos inmediatos*, José Manuel Nieto Soria señala la creciente derivación de la historia política hacia una historia del poder con una perspectiva de larga duración, y enriquecida con las aportaciones conceptuales de la antropología social.

Vicente Ángel Álvarez Palenzuela hace un balance historiográfico de los grandes temas de *La Historia de la Iglesia y de la religiosidad*, señalando las principales obras que han contribuido a su desarrollo. En su recorrido ha-